



FEDERICO SOULIÉ.

En el momento en que se cierra el sepulcro sobre el cuerpo inanimado de un escritor ilustre, hay una hora misteriosa y llena de piadoso recogimiento, en que enmudecen las cien palabras bocas de la crítica. Esa hora, en cuyo transeurso se inclinan las frentes de los hombres pensadores para meditar, marca un tiempo de reposo entre las luchas apasionadas del pasado y el juicio imparcial del porvenir. El escritor no pertenece ya al pasado ni pertenece aun al porvenir. Es la hora de las lágrimas y del sentimiento, la hora en que los amigos se reúnen en la residencia del amigo que ya no existe, y dan libre curso á su dolor. Y cuando han derramado mucho llanto alrededor de aquel hogar apagado ya, cuando han hecho resonar con el eco de sus gemidos aquella casa, vacía ya como un sepulcro antiguo, desierta, muerta también, porque el que la animaba no existe ya, buscan un consuelo en la narración de las buenas acciones, en el recuerdo del buen corazón y de las virtudes domésticas del difunto; porque, ¿quién sería capaz de evaluar los tesoros de amor y de amistad que derraman á su alrededor, en el secreto del hogar doméstico, esos áeres privilegiados que hizo Dios buenos como corderos porque fueron fuertes como leones? El poeta desaparece entonces para dejar en su lugar al hombre. Por esto no hablaremos casi nada del autor de los cien volúmenes y de los veinte dramas que el mundo literario ha leído y aplaudido, sino que haremos como los amigos, hablaremos solamente de sus virtudes, y trataremos de referir la historia de ese hombre de bien, de ese grande hombre que se llamaba Federico Soulié.

Nació en Foi, en el departamento del Arlege (Francia). Su padre, que fué ayudante general, y después empleado en Hacienda, le hizo estudiar en Poitiers, en Nantes y en Tolosa. Apenas hubo acabado Federico sus estudios preparatorios cuando su padre fué tachado de bonapartista y destituido, y se trasladó con su hijo á París. «Estudié leyes bastante regularmente» decía Federico en un *auto-biografía* que envió á uno de sus biógrafos, «pero con la turbulencia suficiente para ser expulsado de la universidad. Había firmado peticiones liberales y tomado una parte activa en el alboroto contra el decano, que me hizo conducir, así como á mis camaradas, á la universidad de Rennes, en la que concluimos de estudiar leyes como presidiarios, «bajo la vigilancia inmediata de la policía.» Cuando concluyó su carrera se reunió con su padre en Laval y fué empleado en la administración civil; en la que permaneció hasta el año de 1824.

Nada hay hasta aquí que anuncie al escritor, pero se ve ya destacar el espíritu de independencia que Federico Soulié conservó toda su vida. Por lo demás, la existencia algo nómada debida á la inestabilidad de las funciones de su padre, fué después de mucha utilidad para el novelista, porque habiendo habitado varios puntos extremos de la Francia, pudo variar fácilmente la escena de sus narraciones.

Al salir de la administración en 1824, publicó un tomo de poesías titulado: *Amores franceses*, y este fué el primer paso que dió en la literatura; pero no estaba decidida aun su vocación, porque entró de director en un molino de serrar madera. Sin embargo, no por eso dejaba la literatura. «Siendo fabricante de vigas y tablas, dice, fué cuando escribí *Romeo y Julieta*».

Esta escursión limitada que hizo en el dominio de la industria, no fué inútil para Federico Soulié. Aprendió á conocer las clases trabajadoras á las que quería por instinto, porque todos sus sentimientos eran buenos. Su simpatía hacia el pueblo se encuentra en casi todas sus obras. En esto estuvo conforme con la mayor parte de los escritores modernos, porque todas las inteligencias elevadas de esta época se inclinan á favorecer al pueblo.

Desde la representación de *Romeo y Julieta* en 1827, que fué muy aplaudida en el Odeon, se dedicó Federico decididamente á la literatura. No le seguiremos en esta carrera harto corta, que cuenta menos años que triunfos. Además la vida del literato espoco fecunda generalmente en episodios dramáticos, porque se gasta entre el trabajo y la meditación. Solo un evento notable interrumpió la tranquilidad de su existencia pacífica, que fué la revolución de 1830. «Tomé parte en ella, dice, y me bati. Estoy condecorado con la cruz de Julio, lo cual no prueba nada, pero en fin me bati.» Esto prueba al menos que Federico Soulié sabía manejar en caso de necesidad la espada tan bien como la pluma.

Todos los que han conocido á Federico Soulié están de acuerdo en pintarle como un hombre de buen carácter, afable en su trato social, y modesto, á pesar de su elevado talento. Su complexion revelaba un temperamento sanguíneo, y su fisonomía enérgica no desmentía el vigor de su imaginación.

En Bievre, todas las personas de la clase baja le querían. Era un padre para ellos. Dispuesto siempre á distribuir sororros, y organizar loterías de beneficencia cuando no bastaban sus fondos propios, tenía

el caro privilegio de unir las buenas acciones á los buenos sentimientos. Sus amigos saben qual fué su abnegacion y desinterés con el jóven H. L., de quien fué un bienhechor constante. Su muerte prueba su generosidad. Después de haber ganado cantidades inmensas, sin que se hayan notado nunca en él locas disipaciones, Federico Soulié ha muerto sin bienes de fortuna. Trabajaba sin descanso, y trataba de ganar mucho, porque según sus deseos nunca podía dar lo suficiente.

Uno de sus amigos mas íntimos nos ha contado varias anécdotas que prueban que la generosidad literaria de Federico Soulié era tambien excesiva. Permisiva á cualquiera que sacara dramas y comedias de sus libros. Harto rico para cortar, dejaba sacar á manos llenas los tesoros de su inteligencia.

Nos han referido una accion, que en el tiempo actual del egoísmo hace demasiado honor á Federico Soulié para que dejemos de publicarla. Cuando Alejandro Dumas resolvió consagrarse exclusivamente al teatro histórico, su retrada dejó un vacío en el teatro del Ambigu. Se trataba de llenar este vacío, y el director de dicho coliseo vacilaba sobre la persona que había de elegir, pero se presentó Soulié é hizo cesar la indecision del director designándole á Paul Feval á quien Federico no conocia, pero cuyo talento dramático había comprendido. Para cualquiera que haya estudiado las costumbres literarias en estos tiempos de penuria, el proceder de Soulié en este caso adquiere proporciones edosales que el público no sabría apreciar.

M. Julea Janin escribia en una ocasion con motivo de los funerales de Federico Soulié:— «Excelente hombre que no ha sido toda su vida mas que un literato.» Efectivamente, el autor de tantos dramas y novelas hubiera podido mendigar como otros muchos el favor ministerial, pero no era ambicioso ni cortesano. Solo una vez, instigado Soulié por sus amigos, dirigió una pretension á un ministro. Se trataba de un viaje á la Bretaña costado por el gobierno. Su Rescencia le recibió perfectamente, y enterado del asunto le ofreció seiscientos francos para un viaje del que debía resultar además una buena obra.

— «Señor Ministro,» respondió Federico, «cuando necesito seiscientos francos, lo cual me sucede muchas veces, me levanto á las seis de la mañana y trabajo hasta mediodía.»

Federico Soulié ha muerto como sabe todo el mundo, de una enfermedad del corazón, y este debía ser su fin, puesto que había permanecido bueno, sencillo y cariñoso hasta su último momento, y no supo nunca dominar una emocion. La costumbre del teatro y sus triunfos repetidos no le curaron de su estremada impresionabilidad. En la primera representacion de su mejor produccion dramática, la *closerie des Genets*, estaba tan conmovido como un autor que pone en escena su primera obra. Sentado sobre bastidores, esperaba el fallo del público con una ansiedad extraordinaria, tratando inútilmente de calmar su agitacion violenta con libaciones frecuentes de agua de nieve.

En el año de 1843 fué un director de un periódico á pedirle una de aquellas obras suyas que hacia la fortuna de una publicacion cualquiera. Estaba entonces Federico en el delicioso valle de Bievre, en una mansion apacible que habia hecho construir para él á la orilla del agua y á la inmediacion de un bosque frondoso. Recibió perfectamente al director, y le dijo que aquel trabajo era ya superior á sus fuerzas. «Cuando escribo, me dá calentura,» añadió mostrándole sus manos temblorosas aun de la emocion del trabajo. Parecía prever que la muerte no le dejaría el tiempo suficiente para concluir una obra nueva. Su semblante marchito, en que se veían aun algunos vestigios de una salud que debió haber resistido mucho tiempo á la accion del trabajo, manifestaba una melancolia profunda que no se podia atribuir únicamente al cansancio. Desde lejos el espeso bigote que cubria su labio superior, le daba el aspecto de un militar; desde cerca era un sábio abalido por sufrimientos prolongados, enagajado quizás en sus ilusiones mas gratas, y que conservaba en su frente una mezcla indefinible de bondad y misantropía.

Estuvo enfermo mas de dos meses antes de morir; pero presintió al instante que habia llegado su última hora. Entónces pidió fervorosamente al Todopoderoso que le concediera dos años mas de vida, un año siquiera, para bosquejar las ideas que habian germinado últimamente en su imaginacion; pero Dios, en sus inscrutables designios, no accedió á sus ruegos. Federico se resignó á morir, su agonía fué muy lenta pero muy tranquila y serena. Rodeado de amigos carinosos que le cuidaban con un esmero difícil de describir, dejó á cada uno de ellos algun recuerdo sacado de los objetos que usaba generalmente. Una señora á quien habia dado una sortija, quiso ponerla en uno de sus dedos diciéndole que la volvería á cojer mas tarde, después que muriera. «Mas tarde!...» dijo el moribundo. «Oh! no señora, no se toma nunca una joya de entina de un cadáver, eso acarrea desgracias.» En sus últimos momentos cuando ya se iban embrollando sus ideas empezó á hablar en verso á los que le rodeaban! Veros ubi-

mes, filiaios destellos de un genio fértil de conceptos admirables!

Dejó de existir á los 46 años. Su cadáver fué acompañado á la Iglesia de Ste. Isabel del Templo por una multitud de personas; la iglesia estaba colmada de gente, las ventanas y balcones de las calles por donde pasó para dirigirse al cementerio del Parc-Luichaise estaban llenos de espectadores, y al llegar al cementerio se halló invadido ya por una multitud de personas. Parecia que todos los que habían leído sus obras y aplaudido sus dramas se habían citado allí para tributarle el último homenaje de respeto y admiracion. Al depositar el ataúd en el fondo de la tumba, un caballero, vestido de negro, de porte grave y magestuoso se separó de la multitud y subió á una pequeña eminencia desde la cual dominaba á la concurrencia: era Victor Hugo. Al ver al poeta eminente, cuyo pálido semblante revelaba su inmenso dolor, reinó un silencio profundo, en medio del cual pronunció un sentido discurso, sucediéndole después el Byron Taylor, M. Antonio Berard, Adolphe Dumas, Pablo Lacroix y Balmonet.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA DEL SIGLO XVII.

EUGENIO GERARDO LOBO.

La estincion de la monarquía austriaca con la muerte de Carlos II, fué para España como una bendiccion del cielo. Denominada la reina regente, viuda de Felipe IV, de ambiciosos favoritos, que mas que en el pueblo español pensaban en engrandecerse, habia sido mayor la culpa de aquella fastidiosa decadencia en que sumiéronse con el reinado de su hijo las artes liberales. A no tener en nuestro apoyo la historia, imposible nos parecería que la viuda de Felipe IV, de aquel rey poeta y artista, hubierá expedido un decreto cerrando los teatros de la corte hasta que su hijo llegase á mayor de edad. La musa castellana emudeció, pues, para despertarse al estruendo de las guerras de sucesion. Prolongárase mas el reinado de Carlos, y se hubiera perdido hasta la semilla de los laureles de Calderon y Lope.

Cuando los pueblos están en uno de esos tristes paroxismos que se llaman interregnos, regencias, ó guerras civiles, puestas sus miras en su interés personal ó en su patriotismo, desdeñan de todo cuanto no les ayude en estos sentimientos. Es casi probado que siempre suceden á tan tristes períodos épocas de noble agitacion y renacimiento. épocas en que como el fenix, se levantan de sus cenizas brillantes y deslumbradoras. Las aspiraciones elevadas ocupan el puesto del gastado egoísmo, la juventud reemplaza á la vejez, la vida reemplaza á la muerte. Transiciones lógicas en el orden moral como en el físico, en los hombres como en los pueblos. Siempre queda en el árbol carcomido que fué grande y frondoso, algun resto de savia que brota lozanos retoños. A Dios toca el fecundizar esta savia con su rocío.

Felipe V fué para nuestro país este rocío vivificador. Su benéfico influjo desarrolló de una manera prodigiosa el genio español hasta entonces ahogado por la imbecilidad de los dos anteriores gobiernos. Falláranle al primer Borbon para su justa fama otras recomendaciones, y diéraselas la copia de los hombres célebres que florecieron bajo su mando. Prueba de que sus ojos protectores alcanzaban á todas partes, es que todos los ramos del saber humano tuvieron quien dignamente los representara.—Luzán introdujo la filosofia en la literatura con su *poética* imitada y en puntos traducida de Aristóteles;—Pejoto, sacudiendo los viejos de la administracion y los de las costumbres, dió el primer golpe mortal á las absurdas preocupaciones de la época;—Don Jorge Juan mereciendo por sus escritos el honor de *académico de las Ciencias de Paris*, destruyó en el extranjero la opinion de que apenas conocíamos las físicas ni las naturales;—Zamora, Cádiz y Martí, dean de Alicante, mantuvieron, aunque á duras penas el lustre de nuestro celebérrimo teatro (1);—el padre Rodriguez, satirizando las escuelas médicas, dió un notable impulso á la medicina;—Macanaz, profundo politico, sábio economista, escritor inteligente, regeneró la administracion del reino;—y otros muchos, menos notables, que seria prolija enumerarlos.

Con ellos ha pasado á la posteridad, aunque sin razon tenido solamente como *vera mediocritas*, el poeta satírico Eugenio Gerardo Lobo; entre sus contemporáneos el *capitan coplero*.

Al empezar á ocuparnos en el nos ocurre la idea de que presintió la injusticia de su siglo, y aun de los futuros, cuando dijo:

Yo, aquel capitan Gerardo,
de cuya infeliz historia

(1) Aunque este escritor es muy poco conocido como poeta dramático, compuso algunas comedias de mérito. Era que han llegado á nuestra noticia son: *Amor y no amor á un tiempo*, *¿Qué mas inferno que amor?*, *Tener de sí mismo*, *El hijo de la madre*, *En verso*, *Escrito*, *Ademas con silbo*, imitacion de Góngora; *Ubi-*
En la libertad.

no tendrá el mundo memoria,
aunque les el Anacardo...

En efecto, apenas hemos encontrado memoria de él, y nuestras artículos, mas que biografía serán juicio crítico de sus obras. A pesar de lo interesante que es para nuestra literatura todo lo concerniente á su época, tan cercana como desconocida, sentimos esta contrariedad, porque su vida debió de ser por demas aventurera, y agraderia con mas estremo á nuestros lectores.

Habia pasado ya el tiempo de Garcilaso y de Encilla, que escribían tomando ora la espada, ora la pluma.

La literatura fria y descolorida de los freiles habia vuelto á sustituir á la de los cortesanos y á la de los héroes. Para la nacion del padre Frayla Diaz eran grande cosa los cánticos rimados. El recuerdo de Quevedo estremecía. El de Villamediana, que en sus versos dejaba traslucir la alteza de su amor, ponía en trance de tambalar. Entonces nació en Tolado (1), de padres tan honrados como poco ricos, Eugenio Gerardo Lobo,

el soldado mas cabal,

(1) Aquí debemos hacer mención de una prueba mas que hemos adquirido de la ligeros con que se ocupan los extranjeros en cuanto nos atañe. Desesperados de encontrar en escritos españoles datos históricos de la vida de nuestro poeta, recurrimos, aunque con pesar, á la *Biographie universelle, ancienne et moderne*, obra tomada por excelente, y en ella, entre otras curiosidades prolijas, dícese de Gerardo: *que nació en un pueblo de Castilla la Vieja en el reinado de Felipe III ó Felipe IV; que estudió en la universidad de Alcalá de Henares; que Felipe IV, rey que andaba á casa de poetas con un candil, supo, como habiéndolo con Calderón, Rufe de Molina y D. Juan de la Noa; que desde entonces fué grande amigo del rey, con lo que se familiarizó punto con las musas, que improvisó comedias en el Buen Retiro, y hablaba siempre en verso, no acertando algunos días ni aun á soltar en prosa tan siquiera; y que murió por los años de 1668.* (T. XXIV, Párr. 4829.) Esta relacion no es del todo exacta, si exceptuamos lo del nacer en Castilla la Vieja, pues nació en Tolado, como lo vea la esplicacion del título de *El tráfago de las mugeres*, los sagrada que compuso en aquella ciudad cuando solamente contaba algunos años; y como se deduce bien á las claras de muchos versos suyos, y en particular de aquella carta su que dice al tesoro del rey, pidiéndole socorros prouventorios:

En Tolado mi caracter
En casa de un mercader
Importará un par de guantes.

O pudiendo astos otros:

Del Tajo en las arenas
Piadosísima cama
De aquel suspira que arroja primero.

No es inexacta esa relacion, si exceptuamos lo de la fecha, pues no tan solo no alcanzó á Felipe III, sino que ni á Felipe IV tampoco, y apenas á Carlos II, porque era ya capitán en las guerras de sucesion, y estuvo en los sitios de Lérida y Montemayor, y en la conquista de Orán, acciones que cantó en sus versos, y fué á Italia con Felipe V, como lo prueban varios sonetos italianos, su composicion *A la prodigiosa incorruptibilidad del cuerpo de Santa Catalina de Bolonia*; aquella en que canta las maravillas de la iglesia de la *Rotonda de Roma*, su correspondencia con muchas Reinas, entre ellas el celebre Maffei, y la carta que escribió desde Bolonia al limo. P. M. F. N. á fecha 20 de mayo de 1745. Aparte de esto, no es inexacta la relacion de la *Biographie universelle*, si se exceptúa lo de la amistad con Felipe IV, pues mediaba medio siglo entre los dos; pero á bien que esto es disimulable en libro que nos habla al lado de Calderón dos poetas hasta hoy desconocidos (Rufe de Molina y D. Juan de la Noa), aunque nos cubra este gozo el pensar que la onasion de la dadora guisa á lo tergerivar por ignorancia los nombres de dos poetas castellanos. Tras estas exactitudes viene la del año de su muerte, pues claro está que toda la maña transparente no podría conseguir que un hombre muerto en España en 1668, escribiera en Italia una carta en 1735, y peleara con los austriacos despues de muerte como el Cid.

Ahora bien, hablando Gerardo Lobo en sus obras de Felipe V, de Luis XIV, de Staremberg, de Gallova, de otros personajes ilustres de aquel tiempo; habiéndolo dedicado una al malogrado Luis I, ¿en donde han bebido sus nobilísimas biografías los autores de la *Biografía universal antigua y moderna*?

Y puesto que en esta refutación hemos dado nosotros algunas, justo es que los completemos en lo posible, aunque breues esta nota decursando, pues por su escasez las señoras que nos restan no merecen otro lugar.

Como á la mitad de su vida hallábase Gerardo Lobo, cuando habia de enemistarse con Felipe V por estos ciertos afanes, como tomó el rey por satírica alusión á los de su país, y por los cuales le llamó con desden airado *capitan coplero*,

Dois cochinos al entrar
Me dieron la emborrachana,
Que al trata con las francesas
Me hizo entenderles la lengua.

(Alcalá Galiano, *Historia de la literatura española, francesa, inglesa, é italiana en el siglo XVIII*.)

En Gerardo por aquel entonces, coronado capitán del regimiento de guardias españolas de infantaría, y sin duda por el cuajo que recibiera en el discipulo de Fenelon, sióse metiendo en su barrera, pues por la carta de Bolonia que citamos, ve que aun no era mariscal de campo, *cuando lo han conseguido dos brigadieres en mi regimiento, y muchos en el ejército, no solo mas modernos en el grado, pero sin comparación en los antecedentes copleros*. Despues, al volver á España en el año de 1745, sufrió una gran barrasca que le puso en trance de ser pasto de pocos, como lo son una sencilla garza, como dice graciosamente. Habia cuando ya Felipe V, y

y el ingenio mas valiente, (1)

que muy pronto habia de ser gran paladin de la musa satírica, rival del autor de las *Zahurdas*, y mantenedor dignísimo de las glorias poético-militares de España.

Apenas se comprende como entonces habia quien se atreviese á mirar las cosas sino por el lado que indicaba el rey despues de la inquisicion. Bien, que á decir verdad, la sátira á la sazón iba mas en mantillas que en los tiempos de Quevedo; porque de todos los géneros de literatura es este el que mas necesita de omnimoda libertad é independencia. Asi vemos á los poetas que lo cultivaron en tiempos de reyes absolutos, buscar los ridiculos en su misma esfera social, para no herir susceptibilidades, atacar á las personas, no á las instituciones, únicas cuyos vicios pueden ser trascendentales, y son menos dignos de disculpa; y revolverse en fin en un círculo mezquino, mortal para su talento, y para el público comunmente enojoso; porque, como hemos dicho en otra parte: *«sátira que no tenga su poco de sañete político ha de ser insulta de por fuerza, y se caerá de las manos.»*



Eugenio Gerardo Lobo.

Al volver Gerardo Lobo á España despues de la muerte de Felipe V, á mediados del siglo XVIII, encontró la literatura de nuestro país dividida entre el afrancesamiento importado por el nieto de Luis XIV, y el *culteranismo*, que por su índole de todo punto meridional, tardará mucho en desarraigarse de la poesia española. El teatro, que es la expresion mas completa, mas filosófica de la literatura, y que la resume por decirlo así, hallábase bajo la dominacion de Calizares y Zamora, talentos medianos que habian tenido que pedir de prestado á Moliere y á otros autores franceses la mayor parte de sus triunfos. Luzán, amalgamando en su *Poética* las doctrinas de Aristóteles con las que habia emitido en Francia el padre Lebosau en su *Ensayo sobre el Poema Epico*, todas las cuales predominaban en aquel país sostenidas por Bouleau Despreux, iba logrando que entrase nuestro irregular genio pético por un carril semi-clásico. Los costumbres se resentian de esta misma vacilacion. Reemplazada la corte jesuitica

subido á su trono Fernando VI, que olvidado de los ojos de su padre, á agradecerido de nuevos servicios de Gerardo, le ascendió hasta Teniente General con hábito de Santiago y con el mando de Barcelona, donde vino desgraciado en cayendo de su caballo, por los años de 1756 ó 57, segun la coleccion de sus obras de 1758, donde algunas se incluyen como póstimas.

Su vida, antes de la época en que nosotros la describimos brevemente, está ya toda por él en este soneto, uno de los pocos medianos que entre ciento treinta escribió:

De dos lustros y medio no cabales,
Y del monte Parnaso en los varales;
Me sentaba entre cuartos y laureles;
A mondar sencillos garfales;
Y chapando las jugas principales,
Mis guerritas numéricos papeles
Como gozque, sonando estabales,
Por las túnicas corrían magistrales.
En mitología me prestó candiles,
Y no pocas la logica furales.
Para cubrir en empresas juveniles,
Pero lecionando en mi mente carcajales.
A la escuela paz de los fusiles,
Donde aprendía en sufrir riesgos y roles.

(1) El suquet de la Olmeda, poesia en elogio de Gerardo.

de Carlos II por la corte francesa de Felipe V, caballeresca y pretenciosa de sabia; fácil hubiera sido hacer surgir la civilización de estos elementos, y lograrlo aquel monarca de claro talento y protector de las artes, á gozar de mas tranquilo reinado y de mas perfecta salud.

Tan desdeñosa mostróse aquella época de su poeta satírico, que no podemos señalar seguramente cuales de las obras de Gerardo Lobo fueron las primeras. Entónces, que se escribía la vida de todo el mundo, y de los indigestos comentadores de Góngora en particular, nadie se tomó el trabajo de escribir la de nuestro capitán. Ni él tampoco se cuidó de poner en sus obras el prólogo correspondiente; sin duda las tenía en menosprecio, porque hubo razon para que lo hiciera, segun se deduce de este soneto con el cual se las remitió á un su amigo, y que es sin disputa como el que ya hemos citado, uno de los mejores que escribió, á pesar de lo oscuro del último terceto, y de las faltas gramaticales que cometió colocando el verbo de la primera oración tan lejano de sus agentes, y poniendo la disyuntiva ó en vez de la conjunción negativa *ni* en el sexto verso:

Esas que el ocio me dictó algun dia

Con leve aplicacion, rimas sonoras,
No en las rosadas ó purpúreas horas
Como el Horacio cordovés (1) decia;

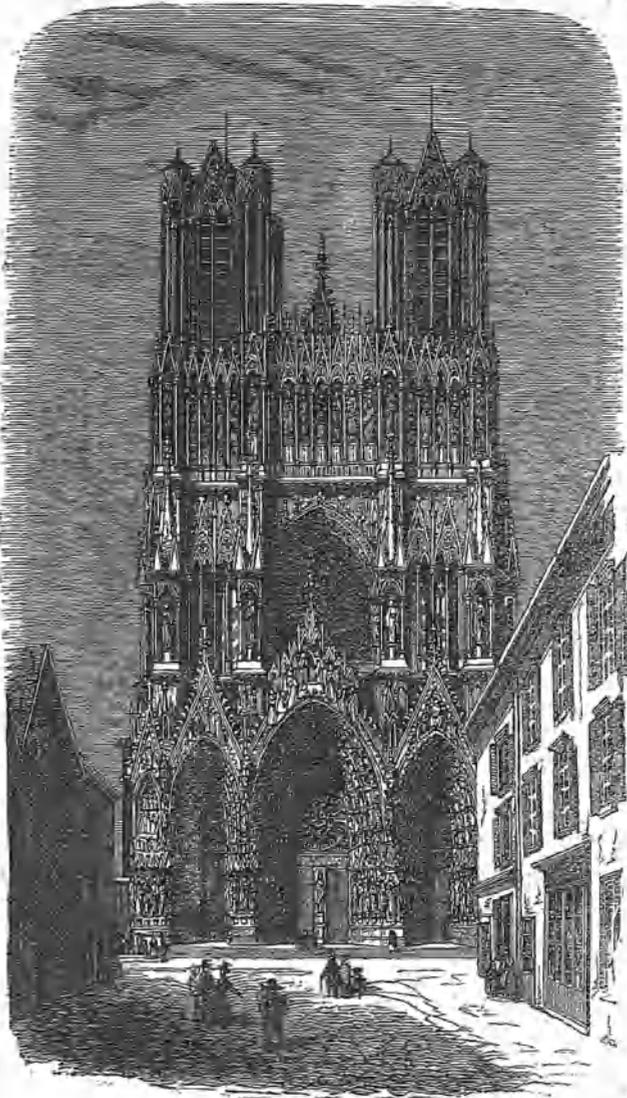
Sino en aquellas en que yo podia
Sin cuidados de tardes, ó de auroras,
Dedicar á las musas, mis señoras,
Un pedazo de vana fantasia;

Te remito en los propios borradores
De la pluma fugaz, porque se vea
Cuales son en su fuente mis errores,

Ya que á conceptos de mayor idea
El capricho de varios impresores
Al público sacó con mi librea.

(Continuará).

VICENTE BARRANTES.



(La catedral de Reims.)

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡ Cuando el rio suena!

Matilde residia en Madrid cuando fué su madre por su padre asesinada; Matilde supo, como la corte entera, la fatal nueva á las po-

cas horas de acaecida; y Matilde que no podia concurrir á sociedad alguna donde no le instruyesen punto por punto de los trámites de la causa criminal que contra el autor de sus dias se estaba instruyendo, permaneció, sin embargo, impávidamente indiferente al trágico suceso, tomando parte en las conversaciones que sobre él de continuo se suscitaban en su presencia, como si los actores del funesto drama le fuesen completamente desconocidos. En vano el honrado Mendoza, cediendo á los piadosos naturales sentimientos de su co-

(1) Góngora.

razón sobrada firme; quiso un momento mostrarse parte para facilitar en lo posible la suerte de Vargas: la dignísima hija de Milagros supo convencerle de que sería sacrificar inútilmente su posición en el mundo, pues que don Fadrique no podía escapar de la horca, á cuyo suplicio le sentenciaba, en efecto, la Sala de Alcaldes á los quince días de haber perpetrado el crimen.

Una circunstancia, que para cualquier preso ó la pena capital no sentenciado fuera gran desdicha, alargó los días del ex-Oidor: al notificarle la sentencia para ponerle en capilla, el alcalde que lo notificaba, por ausencia ó indisposición del que su proceso había instruido, reconoció en el reo al que bajo el nombre supuesto de don Juan de Retama estuvo preso años atrás por lahur, y después de libre apareció complicado en cierta conjuración contra la vida del Rey, sobre la cual obraba en los tribunales un proceso tan voluminoso como importante. Concluida, pues su comisión y puesto el reo en capilla, porque eso no estaba en su mano dejar de hacerlo, dió cuenta á la Sala de su descubrimiento, la Sala al Rey, y el monarca mandó suspender la ejecución de la sentencia, hasta que se terminasen los procedimientos en la causa de Estado contra Vargas incoada. ¿Por qué (se nos preguntará) puesto que en ningún caso podía la pena exceder de la de muerte? ¿No era más sencillo dejar que se la ahorcase desde luego? Mas sencilla, respondemos, sin duda alguna; pero el reo podía, en la esperanza de salvar su vida, hacer importantes revelaciones que comprometiesen á unos cuantos desdichados, no ya vulgares criminales, sino honrados conspiradores, cuya pública ejecución sirviera de saludable escarmiento á los liberales y de entretener el fuego sacro en el corazón de los buenos realistas. Don Fadrique, pues, salió de manos de la filantrópica asociación de la *Paz y Caridad* y de las de un confesor, para volver al dominio de jueces y carceleros. Con la misma estúpida resignación, ó mejor dicho, empuerada indiferencia con que se dejó conducir á la capilla, salió de ella á las veinticuatro horas; y mas diremos: si en el primer momento el instinto de la propia conservación le hizo alagrarle, á poco casto tuvo pena de que se le alejara del fin de una vida para él insostenible, desde que iluminando su espíritu la antorcha de la desgracia, se había visto á sí mismo en toda la plenitud de la infamia que le manchaba.

Como quiera que sea, al primer interrogatorio que se le hizo después de la suspensión de su sentencia, comprendiendo de lo que se trataba, mostró ser otro hombre enteramente distinto del que fué durante el proceso del asesinato. Entonces bruta y francamente, ahora sutil y cauto como buen juriscónsul, primero inspiró desprecio á sus jueces, después acabó por imponerles respeto. Sin contradecirse jamás, aparejando una franqueza sin límites, pintando sin embargo los hechos como á su propósito convenía, y no comprometiéndolos sino á los muertos ó á los ya ahogados, supo dar á la causa colosales proporciones, y á su persona interés é importancia; los alcaldes decían que sería lástima tener que ahorzar á hombre tan hábil; y eso que siempre ignoraron su verdadero nombre.

¿Háse olvidado el lector de que le quedaba á Vargas, además de la bastarda Matilde, otra hija legítima en Moron casada?

Don Fadrique se acordó de ella en la soledad y miseria de su calabozo, y como á sus años las penalidades de una cárcel son difícilmente soportables, quiso probar fortuna, rogando á Inés que le ayudase.

¿Por qué no acudió á la mujer de Mendoza que residía en la Corte, y que había sido la hija de su predilección? Porque Vargas conocía sobradamente el fruto de sus criminales amores con Milagros para esperar de ella nada bueno; y, por el contrario, presumía, y no se engañó, que la hermana de Laura había de ser á sus desdichas sensible.

Inés, en efecto, apenas recibida la carta en que su padre le pintaba la situación calamitosa en que se encontraba, volvió á la corte en compañía de su escalante esposa; obliuó á fuerza de ruegos y sacrificios pécunarios que se mejorase su miserable material en la cárcel; y constituyéndose casi en su compañera de prisión, coal si nunca de su lado se apartase, cual si don Fadrique hubiera para ella sido el mas tierno de los padres. — « Es criminal sin duda, muy criminal, decían los dignos esposos, pero si á los Alcaldes toca juzgarle, á nosotros « solo compadecer su desdicha, tratar de aliviarla; porque es padre al «vicio, y bueno ó malo, nosotros somos sus hijos.»

Sublime cuanto sencilla expresión de una pura evangélica moral que no hemos querido omitir, siquiera para darle un rayo de luz celestial al sombrío cuadro que no es forzoso ir bosquejando.

La presencia y compañía de su hija y yerno, la simple y candorosa piedad filial de Inés, y la filosófica cristiana cordura del oidor su marido, accharon la obra que la soledad había comenzado; penetró, en fin, el arrepentimiento humilde, sincero y confiado en la misericordia divina, en el alma de don Fadrique, y como en ella nada era posible á medias, la revolución fué instantánea y completa.

Advirtieronlo primero que nadie sus jueces, al ver que cesó

en sus tergiversaciones, y que declarando con firmeza su propósito de no comprometer á persona alguna, precipitaba él mismo el desenlace de la tragedia.

Vista su causa política, fué por segunda vez condenado á muerte en horca, con las horribles circunstancias agravantes, entonces aun en uso, de ser hasta el suplicio arrastrado, y luego por mano del verdugo desuartado. — No cogió á Vargas la sentencia de sorpresa, antes la tenía muy de antemano prevista, tan prevista que el día vispera de pronunciarse, después de una larga y secreta conferencia á solas con su yerno, de la cual salió este con lágrimas en los ojos y demudado el semblante, escribió, á mas bien terminó, una veridica aunque sucinta relación de los sucesos de su vida, que cerrada y sellada, puso en manos de Inés, pidiéndola al mismo tiempo que en nombre de su santa madre la camarista, y de su infeliz hermana Laura, le absolviese de sus crímenes y estravíos como esposo y como padre. Jamás fué calabozo alguno teatro de tan tierno espectáculo: don Fadrique de rodillas á los pies de su hija, imploraba el perdón de sus culpas; Inés en lágrimas descecha, la voz interceptada por los sollozos, y partiendo el corazón, respondía implorando la intercesión de su madre y hermanos, para con el Oidor de las misericordias en favor de su infeliz padre; y el oidor, no menos conmovido aunque procurando dominarse, contemplaba aquel cuadro, bendiciendo á la providencia que al depositar en el corazón del hombre el germen del arrepentimiento, le ha dado el medio de purificarse hasta de los crímenes mas atroces.

A la siguiente mañana el carcelero Atorito halló á don Fadrique de Vargas cadáver en su propia cama. Durante la noche, por medio del fuego de carbon encendido en un ánafes que para calentar la comida tenía en el calabozo, hablase adormido, mas muy por astraer su persona al suplicio, para libertar á su hija de tal infamia. — El marido de Inés, echándose á los pies del Rey, consiguió que la sentencia no se ejecutase tampoco en el cadáver como la ley lo mandaba.

Tal fué el deplorable fin de la estragada vida de don Fadrique; tales las consecuencias de la falsa dirección dada en sus primeros años á aquel espíritu ardiente á par que indolente.

VIII y último.

Necesitamos en este artículo ser concisos sin perjuicio de la claridad, porque terminados los sucesos de mayor interés de este cuadro, si es que alguno hemos sabido darle, tiene el lector derecho á que abreviemos, pero al mismo tiempo no nos es lícito tampoco dejar, como vulgarmente se dice, ningún verbo suelto.

Procedamos con orden lógico. Poco tiempo después del suicidio de don Fadrique, consiguió Matilde, por medio del Prábe consabido, primero que Mendoza fuese destinado al mismo regimiento que Solopardo; y segundo que á don Pedro de Almazán, entonces Comandante en la isla de Cuba en la nombrea Teniente Coronel del mismo cuerpo. Su plan era ó conquistar á don Carlos, en cuyo caso no le parecía difícil deshacerse de Almazán, ó si no lograba aquel objeto, perder un día ó otro á Solopardo por medio del último enemigo y jefe.

Cuando tan hábil combinación llevase algunos meses de realización en su primera parte, está ya en la reunión en un mismo regimiento de Mendoza, Solopardo y Almazán, verificóse la salida de la casa de Pagea, y destinó á aquel cuerpo de don Alfonso Teller, y casi simultáneamente perdió Inés á su excelente virtuoso esposo.

Sabemos ya las aventuras del Capitán page en Granada, en las cuales hay solo un misterio que explicar. á saber: el encuentro de Alfonso con Solopardo en la calle de Matilde, la noche vispera del desafío que entre aquellos dos capitanes debía verificarse, y la presencia de la mujer de Mendoza en su balcon.

Sopuestas las antecedentes que ya el lector conoce, nada mas fácil que enterarle de aquel suceso.

Todos los esfuerzos de Matilde para conquistar á don Carlos habían sido vanos hasta entonces: el corazón del amante de Laura por una parte, se había para siempre al amor cerrado; y por otra aun cuando así no fuese, jamás hubiera puesto Solopardo los ojos en una mujer cuya villana condición conocía, y que á mayor abundamiento era en su concepto, y á no dudarlo, la que el puñal clavara en el pecho de su inolvidable condesa.

Casi convencida de la inutilidad de sus propios avances y hábiles maniobras, preparábase la hija de Milagros á entablar su plan de venganza provocando un acto de insubordinación de su ingrato contra el apaleado teniente coronel; lo que una vez logrado, que no parecía difícil, al rigor solo de las leyes militares dejaba satisfecho su ánimo implacable: mas llegó don Alfonso á Granada, jóven, casi niño, buena figura, rico, galán simpático, y la labriedad de Matilde por

una parte, y su inextinguible manía de triunfar del *conocimiento* por otra, la indujeron á variar por el momento de pensamiento.

Entonces fué cuando cautivó al inexperto joven para dar celos á su ingrato, y entonces cuando don Carlos de regreso de su expedición, ideada por el veterano Coronel para apartarle por algún tiempo del cuerpo que su presencia agitaba, hallando que se renovaba la antigua conjuración contra su fama urdida, y sintiendo, sobre todo, la ráfaga que preveía de don Alfonso, resolvió poner término á las tramas de sus enemigos.

Era excelente el corazón de don Carlos, á pesar de su misantropía; miraba en Alfonso reproducidos el candor y las poéticas ilusiones de los primeros años de su propia vida, adivinó además en él un alma noble y generosa; resultando de todo que le cobrara singular y por el momento muy mal pagado afecto. Indignóla, pues, ver á aquel joven arrojarse desatinado, como la destombrada casálda al fuego, en las redes de la pérfida Matilde; y al propio tiempo afligíale profundamente, acosa por vez primera de su vida, considerar la mala fama que le abrumaba.

Poca á ninguna importancia tenía á sus ojos la opinión de las gentes ya por el mundo corrompido; quizá se envanecía con su real querer; pero Alfonso era un caballero, tan bueno, tan leal, y tan rico mas cosas; infinitamente mas político, que su excelente amigo Betanzos, al cual, hablando hereditario á cierto cura su tío materno, retirado del servicio y vivía feliz tranquilo y casado en una ignorada aldea.

No quiso, por tanto, Sotopardo consentir la ruina de Alfonso, ni resignarse á que aquel le odiara; y venciendo, en gracia de un tan santo como eritar uno y otro escudo, su repugnancia á tener con la mujer de Mendoza relacion alguna, buscóla en una tertulia, y dijo-la:—Tengo que hablar á V., señora, de negocios importantes; mañana está Mendoza de guardia; por la noche tendré el honor de ir á ponerme á las pies de V.

La fórmula era brusca, dura, insolente tal vez: cualquier otra señora viera en ella un insulto; Matilde misma, si cualquier otro hombre osara hablarla así, le hubiera sentido sin contemplaciones su torpeza; pero Sotopardo la podía todo con Matilde; Matilde no podía sino rechazar á Sotopardo.

Nuestro don Carlos era el azote de Dios, sobre aquella mujer impia, sin corazón y sin conciencia; y el amor que ella le tenía, como preludio del fuego del averno que como legítima presa la reclamaba.

Calló pues, la mujer de Mendoza, calló mirando á Sotopardo con una aspección indefinible de asombro, temor, deseo, y provocación; y él, sin dignarse mirarla, volvió la espalda, dió una vuelta por la sala y retiróse á su casa.

¿Cuál era el plan de don Carlos?—Muy sencillo; declarar á Matilde que solo por respeto á la última voluntad de la desdichada Laura se había hasta entonces abstenido de tomar justa y terrible venganza, no ya de los propios agravios, sino del asesinato de aquella. Prometerla absoluta impunidad en lo sucesivo, con solas dos condiciones: la primera renunciar para siempre á Alfonso, desahuciándole al siguiente día; la segunda, no volver nunca á pronunciar su nombre (el de Sotopardo), ni á calumniarle como de continuo lo hacía.

Si Matilde se prestaba á tan razonables como moderadas exigencias, nada le quedaba que hacer á Sotopardo; pero si rehusaba las condiciones propuestas, ó aceptándolas de mala fé las quebrantaba, iba resuelto á notificarle á aquella incorregible mujer, y lo que es mas, á llevar á cabo su resolución, que se propuso revelar á la sociedad granadina, por entonces, y mas tarde á toda España, la negra historia de la vida de Milagros y de su bastarda hija, sin omitir ni atenuar ninguno de sus horribles y hediondos pormenores, ó lo que es lo mismo á lanzarla ignominiosamente del círculo de la gente honrada ó cuando menos decente.

No es fácil calcular cual hubiera sido el efecto que produjera en Matilde tan fulminante ultimatum; lo único que á conjeturar nos atrevemos, es que primero habría ensayado la seducción, y siéndole inútil, llamara en su auxilio la hipocresía, prometiéndole todo, con ánimo, no solo de no cumplir nada, sino de vengarse forzosamente del nuevo insulto hecho á su belleza y encantos.

En todo caso ya sabemos que el febril aturdimiento de don Alfonso dió por el pie á las combinaciones de uno y otro, y que precipitado la catástrofe, separó á los actores de aquel drama. Sotopardo fué desterrado á Canarias; continuó Tellez á Rondó, donde conoció á Inés ya viuda; promovido Almazán á coronel, y nombrado oficial de la secretaría de la Guerra; y Mendoza, finalmente, con el ascenso á comandante, empleado en la Inspección general de su arma. Milagros todas de la intriguante Matilde, por medio del Frío de marra y de otros protectores que en la corte tenía.

También ella fué la que logró que á don Alfonso se le alzase el destierro y se le permitiese ir á la corte, sin mas objeto que el de

hacer de él su segundo ó tercer amante, como lo hizo, en efecto, segun nos lo ha contado el capitán paga mismo.

Tal era la situación de cosas y personas en el momento en que, interrumpida la narración de Tellez al finalizar el IV artículo de los Estudios, comenzó don Antonio, nuestro huésped, con el V, la historia, ya melancólicamente terminada en el anterior, de don Adrián de Vargas.

En tanto que Alfonso aprisionado en las redes de Matilde, como Reinaldo en los jardines de Armida, olvida, voluptuosamente adormecido por la perversa hechicera, que no debia al cielo el talento, la elevación de sentimientos, y el instinto de las generosas acciones, para dejar que tales dolos se malograsen en estéril ociosidad, si en la suma de los vicios no se corrompian; Sotopardo en las *islas afortunadas*, meditando honda, aunque dolorosamente, en las vicisitudes de su vida, sentia á un tiempo que no habian tenido poca parte en ellas sus propios errores, extravíos y hasta culpas, y por otra que era de su obligación reparar al tiempo hasta entónces mal gastado.

—*Conciación, resolución y ejecución*, son tres cosas separadas entre sí para la mayor parte de los hombres por distancias casi siempre considerables, muchas veces infinitas: mas para don Carlos ideas conjuntas, actos inseparables. Ocupóla, pues, esclusivamente la indagación de los medios necesarios para llevar su plan á cabo; y una vez escogidos aquellos la manera de ponerlos por obra.

Hasta entonces Sotopardo, como un bajel sin rumbo, habíase dejado arrastrar por las corrientes de la vida no oponiéndoles mas resistencia que la inercia de su específica gravedad, fuera de los casos contingentes de animarle pasión violenta. Almazán cobarde, mal oficial, apaleado además, era ya coronel; Mendoza, aunque pundonoroso, inútil, comandante; y don Carlos, que en campaña ascendió rápidamente al alférez á capitán, se encontraba aún en la misma graduación al cabo de muchos años de servicio. Arrestado en Madrid una vez, otra en el castillo de *Sancti Petri*, separado luego del servicio activo, en fin, deportado á ultramar, no habia dado ni un solo paso para rehabilitarse. ¿Originaba tal fenómeno su posición social? ¿Carecia de relaciones importantes? Ni lo uno, ni lo otro: su cuna fué noble, su padre General, sus rentas eran considerables, sus relaciones de parentesco importantes, las que de los antiguos amigos del autor de sus dias pudiera cultivar útilmente, altas y numerosas. ¿Por qué, pues, dejarse así maltratar impunemente por la fortuna?—Por efecto de la extravagante exageración de un sentimiento en la esencia honrada y bueno.—Aquella alma generosa odiaba la intriga, y pareciale intriga todo lo que no fuese dejarse juzgar por sus hechos, olvidando que aun estos, siendo buenos, necesitan en la vida comentario para ser conocidos, defensa para ser apreciados. ¿Cuánto mas cuando, como los de don Carlos y los de la mayor parte de los hombres, aparecen muchas veces de por sí con los colores del vicio, y habia personas á ennegrecerlos pertinazmente consagradas!

Tales reflexiones hizo Sotopardo en Canarias, y como era para él llegada la época de la vida en que la razon comienza á sobreponerse á las pasiones y hasta á las ilusiones, no fueron estériles. Ordenó con consecuencia y puso por escrito una relacion, comentada, de los sucesos de su vida, en cuanto con su carrera se entlazan; y con cartas respetuosas á por que dignas y enérgicas, remitió copias al Capitán General que era de Sevilla en la época de sus amores con Laura, y al que tenia á su cargo el gobierno de la Plaza de Madrid cuando conoció á Matilde. El último habia sido intimo amigo de su difunto padre; el segundo le habia mostrado simpática indulgencia en Sevilla; y ambos se hallaban entonces en la corte terminando su carrera en el supremo Consejo de la Guerra. Sotopardo obtuvo de aquel paso todo el fruto que se prometia y quizá mas: los dos Generales, examinando el negocio imparcial y severamente, le aconsejaron que acudiese al Rey con una reverente exposición en súplica de que el supremo consejo examinase su conducta y propusiera en consecuencia á E. M. lo que fiviese por oportuno. Hizo don Carlos lo que se le aconsejaba, y Fernando VII, recordando al instante con su evitable singular memoria, lo ocurrido en ocasion del desalojo que costó la vida al marqués de Motril, concedió lo que se solicitaba. Una vez el asunto sometido al Consejo, los dos Generales protectores de nuestro protagonista sirvieronle eficazmente aquel tribunal, después de tomar muchos informes reservados, pesándolos en la balanza de su equidad, halló que Sotopardo era solo culpable de atardimientos y acaso de algunos extravíos, excusables todos en sus pocos años, y que por severamente que juzgarse quisieran, estaban ya mas que durante castigos con los disgustos, arrestos y destierros que sufridos llevaba. En cambio su hoja de servicios era brillante, su valor notorio, su capacidad excepcional; su celo é inteligencia en las filas recomendadas por cuantos gefes á sus órdenes le habian tenido, á escepcion de Almazán. Por tanto consultó al Rey el Consejo que se levantasé á don Carlos el destierro, y que se le promoviesé al empleo inmedia-

ni, no solo por vía de remuneración de sus pasados servicios, sino como señal inequívoca de que S. M. consideraba que ninguno de los castigos y persecuciones hasta entonces por aquel oficial padecidos, debía de servirle de mala nota ó perjuicio en su carrera.

Conformándose el Rey con lo propuesto por el consejo, Sotopardo recibió á un tiempo, copia de la consulta de aquel supremo tribunal, su real despacho de comandante de escuadrón, y una licencia para pasar á Madrid á besar la real mano.

Almazan, como oficial de la secretaría de la guerra, tuvo noticia de tal resolución antes que el interesado mismo; mas no solo carecía de medios de oponerse á ella, sino que, no bastándole todo el favor de que gozaba para luchar con el Consejo, recibió en fin una pequeña parte de su merecido. En efecto, en el expediente de Sotopardo, su antigua capitán y después sucesivamente comandante y teniente coronel, forzosamente hubo de figurar, y de figurar como sus hechos lo exigían: en malísima luz.

Su cobardía, sus intrigas, la *polisa* en Sevilla recibida, sin que apareciera ni rastro de que intentara obtener reparación de tal insulto al encontrarse con su ofensor en Granada; y sus hechos que examinados por jueces imparciales, no podían menos de provocar un fallo severo. Mas interponiéndose el Ministro su jefe, á quien con serviles adulaciones tenía la voluntad ganada, limitóse el castigo á jubilarle como oficial de secretaría, aunque sin carácter alguno militar, ni el de retirado siquiera.

Matilde, presintió que su estrella comenzaba á eclipsarse, brillando sobre el horizonte la de Sotopardo; y aterrorizó mas que nunca á Alfonso, con cuya ciega pasión creyó que podía contar para siempre. Bien quisiera deshacerse de Almazan, mas no pudo, tanto por que el bueno de Mendoza amaba á aquel hombre como un hijo á su padre, considerándole como su generoso protector; cuanto por que, si algunos lazos hay en la tierra indisolubles, son seguramente los del crimen; y esos unían á Almazan y Matilde desde que en Sevilla asesinaron de consuno á la condesa de San Justo; desde aquel suceso, además, y de común acuerdo habían perpetrado mas de una infamia; y no podía la hija de Milagros, en resumen, romper con su cómplice.

Sin embargo, ya porque su destino la precipitase, ya porque le pareciera que, en su nueva y desventajosa situación, Almazan había cesado de tener derecho á grandes miramientos, relajó Matilde la reserva primera de sus relaciones con Alfonso, y como el incauto apasionado jóven por su parte, quisiera que el universo entero le contemplase á los pies de la que idolatraba, en breve se casó el velo del misterio que á los ojos de todos ocultaba hasta entonces los adúlteros amores.—Siempre lo mismo: tarde ó temprano la imprudencia de los mas cautos culpables acaba por revelar su delito y traer sobre sus cabezas el justo castigo que les imponen ó la opinión pública ó las leyes.

Az las cosas, llega Sotopardo á Madrid, y su aparición conmueve hondamente á las personas cuya vida escribimos. Almazan siente renovarse en su villana frente el sello de la ignominia; la memoria de Matilde, decimos la memoria, no osando escribir conciencia, reproduce una tras otra las sombras de sus víctimas: pálida, resignada, con la palma y la corona del martirio la de Laura; amenzadora y de amargura llena la del ofendido conde de San Justo; orgullosa aun y con sarcónica sonrisa la del marqués de Mofril; lúta en sangre, con el cinismo y la desesperación pintados en el rostro la de Milagros; lóbrega, ceñuda, arrojando sus brazos, y muriéndose por el suicidio, por no respirar en la infamia del suplicio, la de su padre!... Porque de todas esas muertes era, en el fondo, responsable Matilde.

Alfonso mismo, el generoso Alfonso, culpable solo de amar á la malvada que no conocía, supo con desagrado la llegada de Sotopardo; mientras que éste, por la desgracia purificado, y considerándose como encargado por la divina providencia de salvar á Tellez en espionaje de sus propias culpas, pensaba solo en la manera de llevar á cabo tan noble designio.

El Destino que, cansado de perseguirlo, recundaba sus miras, ó para expresar con propiedad nuestro pensamiento, la divina providencia, aceptando la pureza de sus intenciones, dispuso las cosas de suerte que casi sin la intervención de don Carlos, y por sus propias manos, prepararon los delinuentes su castigo.

Matilde dijo un día á Tellez: — « Alfonso vió, don Carlos el malo está en Madrid: sé que te busca, sé que no trata de provocarte, si no por el contrario de sincerarse contigo á espaldas mías, valiéndose de su medio favorito, del que con tan buen éxito acaba de emplear contra nuestro buen amigo Almazan: la estomonia. No fíjate, si no quieres perderme, que no rechaces duramente á ese hombre; que le oigas con resignación. Es capaz de todo, y si Mendoza sospechase nuestras relaciones... ¿Me prometes hacer lo que te digo? »

Prometió y juró Alfonso, como hubiera jurado y prometido y cumplido además, arrojarse por un despeñadero con solo instruírsele Matilde. Así cuando, en efecto, le buscó don Carlos, hallóle ceremonioso, frío, reservado, pero en rigor cortés.

Para Alfonso tenía nuestro capitán otra relación de su vida, juntamente con la de Matilde y su familia, que es la que de paula nos ha servido en estos artículos; mas hallando al jóven revestido de una armadura completa de recelos y desconfianzas, limitóse por entonces á aspiraciones cortezanas sobre el duelo intentado en Granada, dejando así abierta la puerta para el porvenir, sin comprometer cosa alguna en lo presente.

Sorprendió á Alfonso y sorprendió á Matilde tal conducta, mas el primero dejó pronto de pensar en ello, y la segunda, que por el contrario no cesaba de cavilar en el asunto, se dijo: « ¿ Será, en fin, llegado el día de que ese hombre se me rienda, ó es tanto su desprecio á mi persona que ni hacerme la guerra se digna? »

Singular raciocinio, á primera vista considerado, fué el de la hija de Milagros; y sin embargo, á poco que en él se medita, se advierte que tiene esa lógica de sentimiento, esa intuición casi profética, tan peculiar de las mugeres, en virtud del cual aventajan casi siempre al hombre en prevision y solidez cuando de pasiones se trata.

Tenía razón: dadas las posiciones relativas entre ella y Sotopardo, este no hablando de ella ni bien ni mal, cuando la ocasión no solo le brindaba, si no que casi le imponía la obligación de hacerlo, revelaba uno de dos sentimientos, á saber: ó el deseo de hacer la paz, que allí equivalía al de enamorarla; ó el mas profundo de los desprecios. Y no lo olvidemos, la transformación verificada en don Carlos por los años, las vicisitudes y las penas, ignoraba Matilde, para quien, en consecuencia, era siempre aquel el hombre que se dejaba dominar por sus afectos completamente, desdeñándose hasta de disimularlos.

No obstante, Matilde debiera de haber creído mas en el desprecio que en el amor de Sotopardo, porque de los antecedentes no se desprende otra cosa; y error fué en ella, si no ceguera providencial, persuadirse mas tarde de que era amada, si bien por entonces, suspendiendo el juicio, quedóse á ver *venia*, como dicen los jugadores de tresillo.

Poco duró aquella su expectante situación: la primera vez que la muger de Mendoza y el amante de Laura se hallaron en el teatro, los anteojos de él casi no tomaron otra dirección que la del palco de ella. A la salida, don Carlos estaba en la escalera, y con una espresiva ojeada, solo para Matilde perceptible, dijo mas que pudiera con largos frases. Mendoza, Almazan y Tellez que acompañaban á la infernal manta, casi tuvieron que defender á Sotopardo; tantas y tales fueron las infamias que ella les dijo del *aberrado don Carlos*.

A la mañana siguiente don Carlos pasaba á caballo por la calle de Matilde, y ella estaba al balcón por casualidad; por la tarde en el Prado se encontraron igualmente por casualidad; y por casualidad tambien, á los quince días, en toda reunion á que Matilde concurría, era seguro hallar á don Carlos el malo.

Las miradas iban y venían; siguieron las sonrisas; luego las palabras al vuelo; en fin, la declaración en regla en un momento de inesperada libertad: últimamente, á las pocas semanas de aquel manejo obtuvo don Carlos una cita para las diez de la mañana, en cierta casa de modestísima apariencia en la calle de los Negros, cuya llave muerle le entregaron al citarle.

Mientras aquella intriga corría los ordinarios trámites de todas las de su especie, Matilde, para deslumbrar al amante á quien vendía, mostrábase con él en público mas cariñosa que nunca, manifiesto vulgar sin duda, pero eficaz sin embargo generalmente hablando, y entonces particularmente con el rándido Alfonso eficazísimo. Mas si él se pagaba de las pérfidas apariencias, estas encendían los celos rabiosos de Almazan á quien Matilde miraba y trataba como á especie de segundo marido. Desesperábase el enaguado, mas como había perdido con su empleo la fuerza moral, apenas desplegaba los labios para quejarse ó le tapaban la boca unas voces alegando la necesidad de llamar la atención de Mendoza con un falso ataque, otras barajándole la conversacion, y las mas tratándole con el desden y el menosprecio que merecía.

Y á medida que Matilde veía acercarse el momento por ella durante largos años anhelado, y á costa de tantos crímenes comprado, en que de nuevo y definitivamente fuera suyo el único hombre que en su empoderado corazón había acertado á abrir profunda brecha, repugnábale mas y mas el cobarde Almazan; y su repugnancia, traduciéndose en amargos sarcasmos y en manifiestos desaires, encendía en el alma vil de su cómplice la llama de la vergüenza.

Para disponerla segura codiciosa Almazan por suprimir las quejas, manifestándose tranquilo, y dejar en plena libertad á Matilde, la cual, como toda muger en situación análoga, déudose por satisfecha

con el alivio del yugo, curóse muy poco de inquirir la causa que tal beneficio le procuraba. Almazan la espía sin perderla de vista un solo instante, y la vispera del día para el cual estaba Sotopardo citado, volvió entrar en su casa de la calle de los Negros á las diez de la mañana; á poco en pos de ella á Tellez, que bajando embosado desde la plazuela del Carmen, entraba en el mismo portal que la muger de Biendoza. A las once y media salió esta; á las doce Alfonso; cinco minutos después estaba Almazan en conferencia con el zapatero remendón del portal, y con el sacrificio de un par de duros averiguaba más de lo que saber quisiera. La señora y el caballero entraban una ó dos veces á la semana en aquella casa, siempre á la misma hora, y subían al piso segundo que no tenía inquilino. El y ella llevaban cada cual su llave maestra, y por consiguiente no necesitaban quien les abriese la puerta; el cerrajero, además, había ido á probar dos días antes otra tercera llave maestra igualmente. No dijo ni sabía más el zapatero; pero, en honor de la verdad, para Almazan bastaba y aun sobraba lo referido.

(Concluirá.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

CASTILLO DE ORIS. (CATALUÑA.)

Entre los muchísimos desmoronados y ruinosos monumentos del feudalismo que nos quedan en la antigua Cataluña, cura de los invencibles Ausebas, Labellanos y otros pueblos acérrimos defensores de la independencia nacional, es notable el castillo de Oris, y por lo mismo parecemos será bien recibida una sucinta idea de la parte arqueológica de él, de su situación y actual estado.

Este castillo se eleva en un eminente peñasco, y sobre su cumbre, en medio de los montes que cubren la parte superior en el Norte del corregimiento de Vich, en la izquierda del camino que de esta ciudad dirige á Ripoll.

Prescindiendo de la localidad que ocupa y reparando solamente su forma exterior, se asemeja á otros que se divisan en el mismo corregimiento, como el de Besora, Montesquiu, etc.; mas diferénciase de ellos en que se halla un tanto mejor conservado en su interior, efecto sin duda deque no hace muchos años que los señores territoriales vivían en él; en el día corresponde al marqués de Santanar.

Se sube por una escalera, (que no da indicios de ser la primitiva) cuyo declive corresponde á la elevación del peñasco, y después de muchas ondulaciones se llega á la única puerta, la cual mira hacia el occidente, registrándose desde ella la limitada plazuela del castillo.

Hasta aquí no se ve nada de particular que pueda llamar la atención de ningún observador, no siendo las ruinas de la antigua iglesia que se presenta al tomar la subida, la cual á principios de este siglo (año 1805) se trasladó á un sitio mas cómodo y menos elevado; pero entrando en la plaza se ve á la derecha la iglesia ó capilla de S. Pedro, que en la actualidad se encierra en ella el ganado de un colono que mora en aquella empuñada.

Sin embargo, consérvase todavía el retabio de aquel santo Apóstol con los principales sucesos de su vida y martirio: es antiquísimo, y el mal no me acuerdo, data de principios del siglo XV, son dignos de notarse los trages y uniformes militares que allí se ven, muy distintos de la antigua armadura romana. Por lo demás no hay otra cosa notable sino la bóveda gótica, de tal construcción que no es dable dañar el edificio por su parte; solo los ciementos presentan algun riesgo, por estar demasiado inmediatos al borde del peñasco, que siendo calcáreo y petrificado por capas, se desmorona todos los días.

El resto de aquella antigua fortaleza es igualmente sólido; pero el tiempo que todo lo arruina, y el abandono nos privan de dar una exacta descripción de sus tramos y salones, entre los cuales uno de inmensa capacidad sirve de dormitorio al inquilino. Las paredes están adornadas con los nombres de algunos soldados, que estando acuartelados en él durante la guerra de la independencia, se entretuvieron en describirlos con carbones y trazar toscas naves, etc. El artesonado del techo tiene pintados unos cudritos de muy buena mano, siendo notables algunas figuras de pájaros, cuadrúpedos y otros animales extraños en estos países. Sobresalen unos letreros con caracteres góticos; pero como es tanta su elevación no se pueden leer, por no distinguirse perfectamente á simple vista. El resto no presenta cosa alguna de particular; habiendo cisterna y cárcel al modo que las acostumbra haber en casi todas las fortalezas antiguas. Un amante de la historia mineral tal vez hallará buenos ratos en que ocuparse; como el viajero que nos comunica estas noticias carece de inteligencia en semejantes materias, ó quizás le faltase tiempo para ello, solo reparó muchas pechinas petrificadas en los escombros de la roca.

EN UN ALBUM.

Perdona, album de amor si la belleza
De tu seno feliz mancha mi pluma,
Y en tu cielo de gloria y de grandeza
Es mi negro horror, revuelta espuma
Que en el estanque cristalino vaga,
Ya mancha su pompa y su riqueza.
Perdona, si que gratitud le dicta;
Y al través de sus sombras, el tesoro
De mi amistad se oculta;
Como la roca del desierto inculta,
Rica fuente de oro
Guarda tal vez en su ignorado centro,
No desdeñes mi nombre
Si en bullicioso y placido ruido
No le escucháste aun, nombre es oscuro:
Mas deja con mi amor que entretejido,
Como la yedra que al rosal se abraza,
Quede en las hojas de tu caliz puro.

FRANCISCO VILA Y GOYRI.

ALGUNOS PENSAMIENTOS RELATIVOS A LAS MUJERES.

El espejo, en lo que concierne á la hermosura y al adorno, es el único juez absoluto que reconocen las mujeres, y del cual no apelan nunca mas que á él mismo.

Ciertas súplicas agradan siempre á las mujeres, aun cuando no les agraden los suplicantes.

Un murmurador empieza por hablar bien de los que va á criticar, y una mujer empieza por hablar mal de los que va á elogiar. Cada uno consigue sus fines á su manera.

Las mujeres aborrecen mas á los que las llaman feas que á los que las tachan de tener mala conducta.

Una coqueta habla de su virtud, como un cobarde de su valor, sin creer en ella.

Las mujeres son tan aficionadas á murmurar como á oír galanteos.

GEOGLIFICO.

